

Aug 31 de Agosto - 81

Una misiva

La primera reacción que recibimos, a muy larga distancia, de lo que pensaba el presidente López Portillo respecto de la exposición sobria de los hechos relacionados con un regalo que un grupo de amigos le preparaba de un rancho en la bucólica Tenancingo, exposición que había sido hecha en estas páginas por el escritor Granados Chapa, no fue muy alentadora. Al parecer, luego de una reunión entreverada de políticos y escritores, en que se honró a uno de éstos, entregándosele un premio singular, alguien le preguntó al Presidente qué iba a hacer ahora que deje de serlo y se convierta en ex presidente. Como un eco lejano, percibimos que contestó, entre irónico, molesto y despectivo: me dejaré crecer las barbas y me dedicaré a escribir. Dejarse crecer las barbas, como un cambio de apariencia; dedicarse a escribir, como un cambio de profesión. La política aparece entonces como una amarga actividad cuando se deja, habiendo sido la más grata y reconfortante mientras se estuvo en ella.

Pero esa no era la verdadera respuesta, sino acaso uno de los instantes en que se manifestaba el intenso diálogo interior que el Presidente tenía consigo mismo, una de las alternativas que le hablaba al oído, casi dentro del oído mismo. La respuesta verdadera vino después. Con el tono fresco y alegre que adopta la conciencia personal cuando ha resuelto un conflicto, la serenidad de la respuesta se enlaza con la sinceridad de la expresión y se conforma la generosidad del diálogo con el interlocutor, que es el escritor. No aceptaré el obsequio; lo que más vale en el hombre no es tener cosas, sino sentir la autenticidad de ser hombre. Unas líneas llenas de sentido humano, de sencillez, de cándida y profunda apreciación de las circunstancias. El gesto de la conciencia liberada de una tentación. Nada es más humano, o tal vez sea mejor decir que eso es lo profundamente humano. Encontrarse en la encrucijada que produce la tentación y vencerla, salien-

El escritor y el Presidente

Manuel Moreno Sánchez

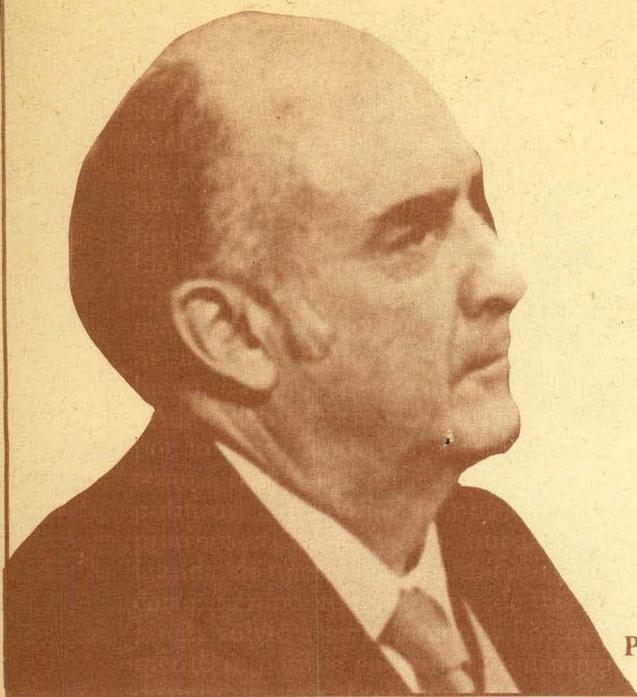
do airoso; quizás eso es lo que hace que alguien alcance la denominación de hombre.

Para liberarse de una tentación, o de miles, a veces se requieren 40 días en el desierto; de esa lucha en la que aparecen todas las tentaciones atractivas y acariciantes, el hombre sale hombre verdadero cuando las vence y las derrota. En otras ocasiones, basta con unos días o con unas horas; pero siempre se requiere el retiro y la reflexión. Difícil es entender cómo ocurre ello en un hombre que es, al mismo tiempo, un poderoso político, tan poderoso como lo puede ser un Presidente de México. Pero la renuncia revela que ya se tiene a la vista el término inevitable en que se dejará de serlo. Tal vez la persona sensible crea sinceramente que se pueden cambiar las actividades del poder por las del escritor. Ello suele ser posible; pero en el caso no importa fundamentalmente, pues nunca se llegará a ser un hombre sin destino. Precisamente arriesgando y rehusando, nace el destino y aparece la ruta luminosa. Este país, en su estado actual, tiene muchos lugares para los esforzados, para los decididos a abrirse un destino propio, en el conjunto de los millones de destinos en que el hombre depende solamente de sí mismo y en que no requiere, ni menos necesita, del respaldo de la burocracia o de cualquier otra forma en que el poder político, que pertenece a to-

dos, es utilizado en favor de un individuo.

La actitud del Presidente rehusando el obsequio es gallarda y concluye el diálogo entre el Presidente y el escritor. Pero fuera de ello, se mantienen interrogaciones: no tanto porque el ofrecimiento del obsequio sea una de las formas más tradicionales y lamentables de la adulación a la que están expuestos nuestros compatriotas que llegan al más alto poder político, sino por los medios empleados: Si la propiedad fue adquirida con fondos privados de los amigos oferentes, si también con esos fondos fue llevada a cabo su instalación y las construcciones. En caso de que se hubieran empleado fondos fiscales, debería saberse de dónde salieron, pues es el caso que deben volver a su origen. Hubo compañías contratistas que pueden manifestar quién, cuándo y cómo fueron contratadas y lo que cobraron por ello. Por otro lado, aunque se habla de un numeroso grupo de amigos para definir a la entidad donante, por numeroso que sea no ha de estar integrada por anónimos amigos que prefirieron ocultar su nombre por decoro en el acto del regalo. Quienes sean los que integran ese grupo numeroso de amigos del estado de México, sería importante saberlo. Pues aunque por la fecha del posible regalo ya no era tiempo de recibir dones políticos o personales por parte del Presidente, si interesa a los opinantes y a los lectores conocer el conjunto de circunstancias que mediaron en el caso, pues de lo que se refiere a un Presidente casi todo es público y no privado. Tiene razón el Presidente cuando espera que sus amigos no se molesten con la declinación del obsequio; pero esto no afecta el interés de saber que tienen los ciudadanos que forman el coro y los espectadores de la tragedia mexicana.

A menos que el silencio se haga con la disculpa de que basta y es suficiente con rehusar el obsequio y que debe recordarse la norma casi aplicable: *non bis in idem*.



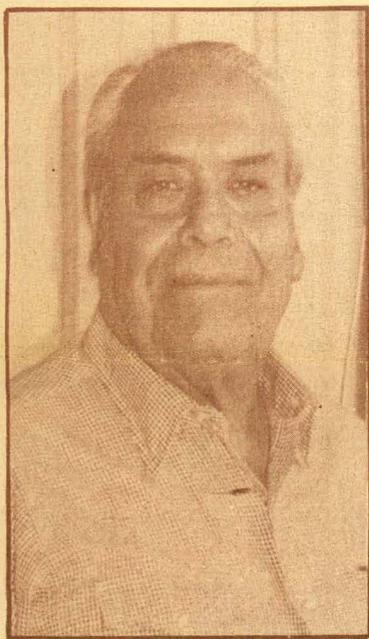
López Portillo y

El Espejo De

DIMENSIÓN AUTÉNTICA DEL HOMBRE

Presidente José López Portillo... elogió el valor del periodista.

POR MANUEL MORENO SÁNCHEZ



El presidente José López Portillo se miró en el espejo que le formaron las palabras escritas y publicadas en **unomásuno** por Miguel Ángel Granados Chapa. En ese espejo observó su imagen, la que se proyecta sobre el fondo impersonal de la población mexicana, y la vio amenazada de deformarse ante la tentación de aceptar un obsequio que un grupo de amigos del Estado de México le ofrecían: un rancho, bellamente localizado, eficazmente comunicado e instalado, adecuadamente abastecido con animales y plantas apropiadas, en el clima

delicioso de Tenancingo, una de esas puertas de Tierra Caliente como decimos los mexicanos, y que son salidas que se abren hacia la costa cálida y agradable del Pacífico. Pensó en lo que los mexicanos podríamos creer de él si aceptara el obsequio, comprendido dentro de la tradición aduladora que suele manifestarse hacia los hombres del poder. Calculó el pro y el contra que había en aceptarlo o rechazarlo; se mantuvo un tiempo analizando las alternativas y, al final, decidió rechazarlo, declinarlo, rehusarlo, no sin esperar que sus amigos no se molestaran por ello, comunicándoselo al periodista en una carta transparente, suave, rebotante de decoro y dignidad personal.

Nadie podrá negar que en esa carta, y en el gesto que implica como consecuencia, el presidente López Portillo alcanzó la indudable calidad de ser un hombre auténtico, nada más y nada menos. Muchas cosas buenas habrá hecho él durante su profesión, a lo largo de su actuación pública y aún en su vida personal misma; muchas cosas hará todavía en los años que le faltan por vivir, que deseamos que sean muchos, pero todas ellas acaso tendrán la misma dimensión de sinceridad, de plenitud humana, de prueba de que se puede ser y estar de acuerdo consigo mismo para llegar a ser un hombre verdadero y libre: Ninguna de ellas será superior a esta última. Tal vez todas ellas sean de la misma altura y contenido moral. Su gesto presidencial es significativo para todos nosotros, los mexicanos interesados en la suerte del país, más aún cuando proviene de un

hombre que es el funcionario más poderoso en nuestra estructura política fundamental, funcionario al que casi nadie lo juzga sin benignidad y consideración extremas, que nos llevan frecuentemente a perdonarle faltas que en otros nos parecen condenables sin remedio. López Portillo había principiado su gobierno con actos que tendían a perseguir a los funcionarios corruptos e imorales; a todo lo largo de este gobierno, una y otra vez insistió en depurar las costumbres administrativas, abundantes de ligereza. Él mismo, y otros funcionarios bajo sus indicaciones, denunciaron, investigaron, siguieron las pistas de la corrupción político administrativa ambiental. Últimamente se habían presentado casos ante la opinión pública que la asquearon por el cinismo de sus autores. El país parecía condenado para siempre a la corrupción tolerada, y los funcionarios públicos manejadores de fondos podían parecer tontos o locos si dejaban sus cargos con las manos limpias. En esa coyuntura, el presidente decidió rehusar el obsequio y dar un ejemplo a muchos otros que deben aprenderlo con la profundidad de su significado.

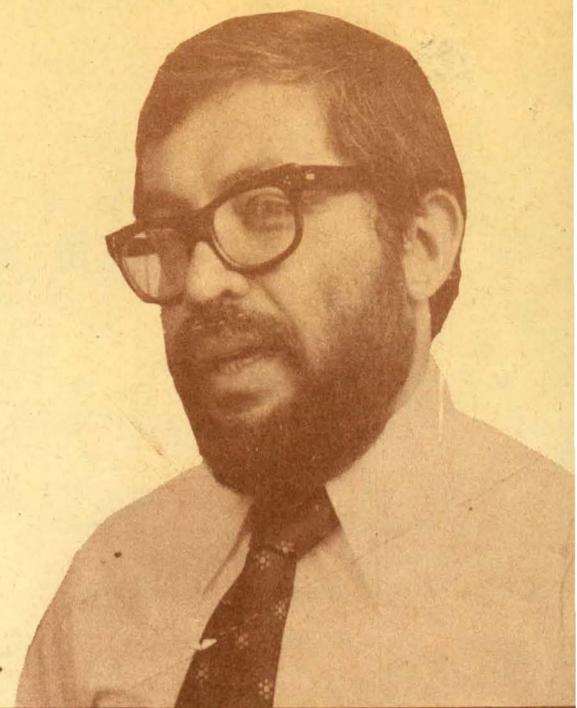
Al declinar el regalo, el presidente elogió el valor del periodista que denunció el caso a la opinión pública. Ciertamente ese valor es de reconocerse, en un ambiente de corrupciones que inundan el mundo de las publicaciones periódicas; pero si el periodista tuvo valor para hacerlo así, el presidente dio muestras de igual valor para declinar el regalo. Ambos casos de valentía no ceden el uno frente al otro; pues en las virtudes no hay cuantificación; se es o no se es, pero no se puede ser más o menos.

Y ahora queda manifiesta otra fase de la corrupción ambiental de este país. Ninguno de los hombres del presidente, ninguno de los funcionarios importantes del régimen que preside, ninguno de los órganos políticos que han de estar sensibles a la opinión pública, tal como se expresa entre nosotros; ninguno de los medios de comunicación, periódicos, revistas, estaciones de radio y TV, o comentarios, sermones u homilias, han resaltado suficientemente el hecho de la declinación del regalo hecha por López Portillo. Para algunos, eso es un asunto entre el diario **unomásuno**, el redactor y el presidente. Exaltar la actitud del presidente en el caso, para algunos sería como exaltar la actitud del periodista y de su diario, cosa que no debe hacerse. Los funcionarios dan así una muestra de cortedad de miras y los órganos de comunicación, otra de mezquindad. Prefieren esto

La Dignidad

VERDADERO: NI MÁS, NI MENOS...

Miguel Ángel Granados Chapa... denunció el caso ante la opinión pública.



último a reconocer la labor de Granados Chapa y su valentía, tanto como la decisión del órgano que publicó tan significativa denuncia. Esto es una forma indudable de corrupción. Así se ve que los llamados órganos de comunicación quieren libertad y dicen que luchan por ella, pero no es libertad para publicar, sino libertad para no publicar, para soslayar, para encubrir y aun para no engordar el caldo de otro. En este caso a quien disminuyen frente al pueblo es al presidente mismo que mostró una dimensión singular de grandeza moral, sobre todo si se proyecta el incidente sobre el fondo de nuestros últimos cincuenta años.

Muchas veces se ha considerado el hecho de que la opinión pública de México se halla como atomizada, escindida en mil pedazos, reducida a pequeñas parcelas, lo que le quita fuerza y unidad, y le impide cumplir con su verdadera función totalizadora. Cada órgano de comunicación, periódico o revista, estación de radio o TV, tanto las privadas y aún las oficiales, parece un pequeño coto de cacería, un estanco. Cada uno tiene sus lectores, sus oyentes, sus videntes. Sólo lo que ellos publican o comunican a su clientela, existe para ellos y es susceptible de comentarse, de controvertirse. Lo que sucede en cada una de esas parcelas, es inexistente para las demás. Menos pueden ascender a totalizarse para formar una opinión pública uniforme. Cuando un error administrativo se repara, el ciudadano le da las gracias al periódico, a la estación de radio o de TV, que intervino en su ayuda porque gracias a su denuncia pudo mejorarse su situación; pero esos casos no llegan a la opinión pública general y se convierten en fuerza conformadora. Esta atomización de la opinión pública nacional, es una infraestructura defectuosa de nuestra defectuosa democracia. Dejando de contar con una opinión —fuerza que incida en la conciencia colectiva, no puede crecer el follaje y la floración de la reforma política. Sin una opinión pública, de dimensiones adecuadas y de fuerza necesariamente ajustada al tamaño del país, no podremos tener un gobierno firme y sólido y la brecha que separa al pueblo de sus gobernantes tiene que ampliarse en vez de reducirse.

Entre nosotros, un presidente casi no tiene vida privada; todo lo que hace aún en la que así se considera, importa a todos y sirve para orientar y proyectar la imagen del mandatario en la mente del pueblo. Muchos signos nos revelan qué el presidente va cambiando

en muchos aspectos. Por ejemplo, hoy exhorta a los mexicanos a que gasten menos en el exterior, pues casi anulan con sus gastos lo que obtenemos por el turismo de extranjeros, y aún los superan. Esto implica una rectificación del esquema de sus propios viajes y de los de otros miembros de su familia. Tienen que hallarse rutas de sobriedad y de mesura; no somos un país rico como para dispendios. Las palabras presidenciales son como anuncios de un cambio de perspectivas.

Pecaríamos de suspicaces si dijéramos que hay una gran inconformidad entre muchos hombres del sistema por el gesto presidencial rehusando un obsequio tan atractivo para su retiro; estarán algunos en contra y otros preferirán la actitud del cómplice que no quiere ser descubierto. ¡Muchos han recibido obsequios como ese, en condiciones similares! Es muy posible que algunas relaciones amistosas se hayan sentido lastimadas y aunque nada digan, amigos y funcionarios ahora prefieren callar, y no exaltar el gesto de dignidad y la lección que implica. Pues no debemos olvidar que ello sucede justamente en el momento en que el poder político y administrativo del presidente se halla en su más elevada dimensión. Tampoco hemos de olvidar que el sistema se encuentra pronto a relevar de hombre en la presidencia de la república. Algo parece decirnos que el énfasis que tomará el jefe nato y acatado de las fuerzas políticas nacionales, descansará no en la riqueza que como una quimera perseguimos recientemente, ni en el desarrollo que no hemos podido acelerar lo suficiente, sino en fuerzas morales y en medidas de salud mental común, para el bien de la república. A esto corresponde un lenguaje, nuevo y un énfasis diverso del que se ha venido usando en las décadas recientes, para entusiasmar a la ciudadanía. Tal vez estemos frente a un lapso de modestia nacional, convertida en una fuerza de cohesión ante las acechanzas de afuera y de adentro.

Si así fuera, las actitudes del primer mandatario, rehusando un regalo tan atractivo; la sagacidad de un columnista que reunió los datos de una noticia tan importante; y la decisión del diario en que se publicaron los que ahora ya son documentos históricos indudables, justificarían la misión que a cada uno de los que intervinieron corresponde. La mezquindad de quienes no destacan la noticia y la difunden, enaltecéndola, no es contra el periódico ni contra el periodista, sino contra el presidente mismo.